

# Tal como se es, así se ve

Fabián Guerrero Obando

Un número que rinde homenaje a dos momentos decisivos de la cultura ecuatoriana exige, al menos, dos precisiones. La primera es un descargo de responsabilidad que puede cumplirse con rapidez. Este número no pretende, de ningún modo, representar los momentos más grandes o más importantes de la cultura ecuatoriana. No existe una manera objetiva de determinar tal cosa. Lo que sí pretende es destacar momentos o acontecimientos de esa historia, que los diferentes colaboradores de esta entrega consideran esenciales, esclarecedores o significativos.

La segunda precisión es, en realidad, una proyección de la anterior. No es posible romper completamente con el pasado por la sencilla razón que de allí provenimos. Es mucho lo que podemos aprender de los mayores, de su carga de frustración y soledad, a veces, o de su generosidad intelectual en el encuentro con sus obras, sus ideas, sus sueños de país; y, en el encuentro con ellos mismos y su palabra más viva. De algún modo, es esa palabra la que aquí rezuma.

Debiera ser significativo, en ese sentido, el lugar que los Tzántzicos ocupen en la historia de la cultura ecuatoriana, nos sugieren los autores de los textos sobre este tema. Insisten en que los Tzántzicos crearon un vasto cuadro humano, histórico, cultural y literario, a fuerza de un trabajo consecuente. Que formaron parte de ese grupo de artistas, intelectuales y escritores que pretendieron enriquecer la palabra integridad, oponiéndola ante ese arranque constante de la deshumanización. Como en una conversación fluida, inteligente, se hacen presentes las voces de Susana Freire, Fernando Oña, Sophía Yáñez, Raúl Arias y Juan Carlos

Cabezas, quienes traen consigo las voces reificadas o injustamente asordinas de los Tzántzicos. Que no siempre se han dejado oír de manera tan directa.

La enorme belleza, la humanidad, la sabiduría y la seriedad de la obra de Hernán Rodríguez Castelo se desprende de los textos de Marco Antonio Rodríguez, Francisco Proaño Arandi y Pablo Molina Sánchez. Leyendo esos textos es posible adivinar las reservas y la riqueza infinita de un hombre claro y magnífico, dedicado con plena conciencia y con plena libertad a su espléndido trabajo. Una obra vital, que está en plena marcha, a la que debemos ir y regresar.

Tenemos una deuda pendiente con lo más significativo de nuestro pasado. Y ninguna deuda vale la pena.

Decía Emerson que tal como se es, así se ve. Para ver más hay que ser más, y estos seres que pueblan estas páginas nos dan las pistas hacia más ser y mayor ver.